

observación y por su proyección caricaturesca de cientos de pequeñas tragedias, ocupan ya desde ahora un lugar principal entre los costumbristas de nuestra historia.

Que se busque la manera de que su labor no se pierda semanalmente en el aire junto con las ondas de la televisión, sino que perdure para la posteridad como un cuadro o una fotografía de la segunda mitad del siglo xx, como podemos ahora conocer las injusticias que cantaba el Negrito Poeta, o las descritas por El Periquillo Sarniento, o como las estampas costumbristas de Guillermo Prieto, de Ángel del Campo, de José T. Cuéllar. Que no les pase, por ser actores, lo que a don Roberto Soto y al Cuatezón Beristáin, quienes denunciaron también riendo las lacras de los veintes, pero cuya labor se perdía cada noche en los teatros de revista.

Y ya que esto no resultó una crónica teatral, lo menos que puedo hacer es recomendar ampliamente a todo mexicano que sepa reír, de sí mismo, de los demás y de las tragedias que a diario le suceden, los programas de televisión de Salinas y Lechuga y el espectáculo que se presenta en el Teatro Manolo Fábregas. Si usted se conforma con ver a Juan Derecho semanalmente en la televisión, debe ir al teatro para ver la mejor parodia de una tragedia griega que se ha presentado en nuestros escenarios. Salinas y Lechuga son dignos de todo nuestro apoyo: por ingeniosos, por trabajadores y por valientes.

26 de marzo de 1967

#### HEMOS VISTO UN MACBETH DEL OESTE

Cuando en mis crónicas me refiero a alguna obra de las llamadas de "teatro comercial", que siempre son las más abundantes en la cartelera, lo hago con una cierta ironía y prefiero burlarme un poco que hacer corajes como ciertos colegas. Pero cuando se anuncia una obra de teatro clásico, y en ella intervienen una buena actriz, un buen actor, un buen director y un buen escenógrafo, soy el primero en llegar la noche del estreno lleno de felicidad y de esperanzas. Me siento en la butaca dispuesto a gozar

al fin del buen teatro y a aplaudir a rabiar para demostrar en la medida de mis escasas fuerzas que estoy con los que luchan por hacer algo mejor, por salirse de la mediocridad que nos ahoga. Claro es que en ese tipo de teatro, se debe ser más exigente que con Vareleta o con Landeta y si aparece en el escenario Ofelia Guilmáin, le exijo una buena actuación, como a Gálvez, y a Pepe Solé una buena dirección, y a Julio Prieto, todavía, una buena escenografía. Se tiene el derecho, tanto por parte del público en general como de los cronistas, de esa exigencia, porque Ofelia no es Celia D'Alarcón, ni Gálvez es Ortiz de Pinedo, ni Solé es Víctor Moya, ni Prieto un aficionado. Por otra parte, si se sabe que el teatro ha sido dado a esa compañía en condiciones que ya las quisieran para un solo día de la semana el resto de los empresarios, y además diversas subvenciones de organismos oficiales y particulares, el derecho de exigir aumenta, porque con todo lo anteriormente mencionado, NO SE PUEDE QUEDAR MAL. Y, sin embargo, la noche del estreno del *Macbeth* he visto que sí se puede, a pesar de todo. Y entonces no puedo sonreír como en crónicas anteriores y me dejo llevar por la ira.

Pero vayamos por partes. Se ha criticado siempre a los críticos teatrales, porque sólo se limitan a decir que algo o alguien estuvo mal, sin aclarar el porqué. En el *Macbeth* del Teatro Xola todo está mal, y he aquí mis razones en las cuales nadie que haya tomado parte en esa representación estará de acuerdo, lógicamente. Por algo el teatro es una profesión de vanidades.

Comencemos por la escenografía y el vestuario, que son los elementos que "ambientan" la representación. Si el director no pensó en hacer una trasposición del *Macbeth*, sino que quiso ponerlo siguiendo la tradición y apegándose a la época en que se desarrolla la acción, ¿por qué permitió que Julio Prieto realizase una escenografía que parece de una película del Oeste? ¿Esas rampas a base de tablitas chuecas y llenas de clavos es lo que pide Shakespeare como el castillo de Macbeth, noble y futuro rey? Ni siquiera John Wayne aceptaría un decorado así para sus películas, aunque la acción transcurriera en el más inmundo pueblo de Texas. Aparece Lady Macbeth vestida de acuerdo con la escenografía, pues el traje del primer acto recuerda a los usados

por las campesinas norteamericanas de fines del siglo XIX. Pero de pronto aparece el rey Duncan con un traje que haría las delicias de Enrique Alonso para su Teatro Fantástico; un Banquo envuelto en una cobija que consiguió seguramente del catre de su sirvienta mexicana; los príncipes con cascos semirromanos, semibizantinos, semivikings, y, en el último acto, Macbeth vestido de “chica ye-ye”; también a un Macduff caracterizado de Jesucristo con enaguas, como las imágenes de las iglesias de los pueblos. Y en la escena cumbre para Lady Macbeth, o sea la del sonambulismo, pudimos apreciar un *streptase* en toda su magnificencia al salir la dama con una bata transparente, como las que usa Nadia Haro Oliva.

Y ahora vamos a las actuaciones. ¿Qué pasa con Ofelia Guilmáin? ¿Qué se hizo de aquella excelsa actriz de *Los justos* y de tantas otras obras de hace algunos años? Su Lady Macbeth carece totalmente de fuerza; no es posible, con esa voz desmayada, lánguida, que pretende ser muy natural sin serlo, crearla capaz de empujar a su esposo al crimen más espantable. Parece una buena mujer capaz sólo de zurcir las faldas de su marido y de escuchar la gaita. El monólogo de la locura en que semidormida, inconsciente, trata de limpiar sus manos de imaginarias manchas de sangre, es una poderosa aria dramática que debe levantar a los espectadores de sus asientos, electrizarlos, hipnotizarlos; pero Ofelia no lo consigue porque, repito, no hay fuerza interna, no hay proyección dramática. La gran trágica de otros tiempos, es triste decirlo, ha perdido facultades. Y José Gálvez, que me obligó a ver cinco veces *El hombre que hacía llover* y otras cinco *Juego de reinas*, desde *Peer Gynt* se muestra sin saber qué o cómo hacer sus personajes. Seguramente tanto se le criticaron sus sobreactuaciones en algunas obras, que ahora en el Macbeth está tan, pero tan medido, que el personaje pierde toda su fuerza. Por otra parte, los monólogos los dice en un tono monótono, parejo, sin intención. El famoso monólogo de los puñales pasa inadvertido por la escasa intención que pone el actor en sus palabras, y por el movimiento balletístico que a su alrededor ejecutan las brujas. Fernando Mendoza no es culpable de su pésima actuación: se le encomendó el difícil papel de Banquo tres días antes del estreno; en lo que sí es culpable es en usar su cobija como si fuera

una capa del siglo de oro español. María Idalia regresa al teatro en un papel insignificante que saca adelante con maestría, si bien puede reprochársele la falta de ternura. Astrana Marín dice en su traducción: “. . . esta escena, llena de ternura y emoción . . .” y María Idalia no proyecta ese sentimiento. Manolo García es el único de quien se puede decir que está bien de actuación, por fuerza, por comprensión de personaje, por decisión de movimientos. Luis Jimeno se pasa de “chistoso” en su escena del portero. Las brujas, una de ellas totalmente afónica, deben su buen éxito a la dirección.

Y de la dirección hablaremos ahora: Pepe Solé se preocupó solamente de las brujas: las movió maravillosamente, las hizo aparecer en escenas que no pide el autor pero que ayudan y dan plasticidad; pero en las escenas de conjunto, como la de la cena, los actores se tapan constantemente unos a otros, y, sobre todo falla Solé en la dirección de matices y de hacer comprender los personajes a los actores, de allí los defectos señalados arriba.

Es triste, mucho, el no poder expresarse en términos elogiosos cuando se monta una buena obra teatral en México. Soy el primero en lamentarlo, pero confío en que esta “compañía española de comedias” (cinco de los principales actores son españoles y otro sudamericano) haga en lo futuro mejores cosas. Tiene todo para conseguirlo: talento, fondos y un buen local. ¿Qué más se puede pedir sino un poco de estudio previo y unas pocas pretensiones menos?

9 de abril de 1967

#### LAS CARTAS DE RELACIÓN DE SERGIO MAGAÑA

Excmo. Sr. Don Sergio de Magaña,  
Ruinas de Tenochtitlan, hoy México City  
Salud.

Excmo. señor:

Desde esta región del Hades, en que nos encontramos confinados los que un día fuimos conquistadores gloriosos e valientes de vues-